

EVA PERON SEGUN ERMINDA DUARTE

En su reciente libro "Mi hermana Evita", la actual señora Bertolini narra distintos sucesos transcurridos desde su infancia compartida en la ciudad de Junín (era apenas dos años mayor que Eva) hasta su reencuentro con el cadáver, en septiembre de 1971

Seguramente muy pocos, quizás nadie, conozcan como ella la vida de la mujer más famosa de la historia política argentina. Tal vez por eso, Erminda Duarte de Bertolini se decidió a escribir *Mi hermana Evita*, un libro que recoge parte del frondoso anecdotario de Eva Perón. Allí, Erminda Duarte recopila y mezcla —deliberadamente— escenas trascurridas en la infancia de su hermana, durante su período de gobierno pocas horas antes de su muerte, en el Policlínico Presidente Perón de Avellaneda.

Pese a que Erminda de Bertolini no acostumbra conceder reportajes, Siete Días logró conversar con ella acerca de —obvio— su reciente libro y su relación con su hermana Eva. A continuación, una síntesis de la charla.

—¿Siempre tuvo la intención de escribir un libro sobre la vida de su hermana?

—No, yo no soy escritora ni tengo oficio en ese sentido. Además, considero una audacia decir que he escrito un libro.

—Pero lo hizo.

—Le voy a explicar cómo fue todo: el 3 de septiembre de 1971 se entregaron en Madrid los restos de Eva. De inmediato, mi hermana Blanca y yo viajamos a España; al ver a Eva, un sentimiento de profunda ternura y emoción me embargó, despertando en mí los recuerdos de su infancia y juventud. Cuando retorné a Buenos Aires seguía experimentando la misma sensación. Entonces, una noche, empecé a memorar en voz alta, mientras un

grabador recogía esos menudos sucesos de familia que tuvieron como centro a Eva. Mi marido llegó poco después; escuchó la cinta y reconoció haberse emocionado. La misma reacción tuvieron algunos amigos y mi hermana Blanca. Hasta ese momento yo sólo quería guardar la grabación para mí, como un recuerdo más, pero insistieron tanto que me convencieron de que esos recuerdos habían dejado de pertenecerme, ya que toda ella es tanto nuestra como del pueblo. Así que decidí publicar el libro. Claro que tuve que recurrir a publicaciones de la época para poder completar la obra.

—¿Cómo es posible que usted reproduzca frases de Evita que fueron expresadas en la intimidad, sin que trascendieran?

—Cuando ella enfermó, mis hermanas y yo adquirimos la costumbre de anotar todo lo que Eva decía y que nos impactaba. Nuestro objetivo en ese entonces era que esas palabras no se perdieran; en ese momento yo ni soñaba con escribir un libro.

—En el libro usted entrelaza permanentemente anécdotas infantiles y sucesos que trascurrieron cuando Eva ya era la esposa del presidente de la República. ¿Cree realmente que, siendo adulta, ella era motivada por lo ocurrido en su niñez?

—Por supuesto. Toda su infancia tuvo incidencia directa en sus decisiones posteriores. Ella siempre recordó el juego de las casitas; en esa época no se hacían cosas para los chicos. Y pienso que todo ello

la determinó, entre otras cosas, para construir la Ciudad Infantil. Estoy segura de que las cosas que le ocurrieron en su infancia se tradujeron más tarde en sus obras, en su forma de proceder.

—Usted se refiere continuamente a la niñez de Evita contando lo que hacían ella y usted. ¿Es que estaban siempre juntas?

—Hemos sido las hermanas más amigas, más confidentes; y eso porque teníamos diferencias de edad con las hermanas mayores: Elisa (ya fallecida) y Blanca [Erminda era dos años mayor que Eva]. Incluso coleccionábamos juntas los posters de los actores más conocidos. Así y todo, mis recuerdos de infancia son "imágenes rodeadas de olvido", como dijo el escritor francés André Maurois.

—¿Usted se opuso a que Eva abandonara Junín para radicarse en Buenos Aires?

—Todo lo contrario; aunque yo sabía que me quedaría terriblemente sola, la apoyé más que nadie hasta lograr que mi madre aceptara y le permitiera viajar a Buenos Aires.

—¿Siguió usted en Junín?

—Me quedé en Junín hasta julio de 1945. En ese entonces me casé y con mi esposo nos radicamos en Buenos Aires.

—Poco después se produjo el famoso 17 de octubre. En los días previos Perón fue encarcelado. ¿Temía usted por la vida o seguridad de Eva?

—No, porque mi madre siempre nos educó de un modo tal que no teníamos miedo ni perdíamos la cal-

Foto inédita: Eva (derecha) y Erminda Duarte vestidas y peinadas de igual modo, toman sol "en alguna playa de la provincia de Buenos Aires".

Erminda Bertolini hoy: "Lo único que importa es el recuerdo de mi hermana".



FRAGMENTOS DE

Las casi 200 páginas de *Mi hermana Evita* configuran una reseña que comienza —extrañamente— en septiembre de 1971, en Madrid, días después de que el cadáver de Eva Duarte fuera restituido a Juan Perón. Luego, Erminida de Bertolini recuerda episodios de la niñez de Evita, a los que concatena con decisiones tomadas por La Dama de los Humildes en favor de los sectores más desprotegidos de la sociedad. Estos son algunos párrafos del libro:

Ocupas todo el largo de la mesa en que yaces y tu cabellera cae tan crecida que parece ignorar tu muerte; cae espesa, casi icuiente, y es poca la distancia que no la deja tocar el suelo. No ha sido mutilada como lo han sido tu cara y una de tus manos.

¡Con qué desbordada ternura te contemplio! Tu frente continúa siendo serena pese a que muestra un puntazo en la sien derecha y la señal de cuatro golpes. Veo un gran tajo en tu mejilla derecha y lo que queda de tu nariz destrozada, casi completamente destrozada. Es que tu sacrificio fue más allá de tu último día de vida porque ningún verdadero sacrificio termina jamás.

Por momentos tengo la esperanza de que algo te sobresalte. Espero no sé qué movimiento, sobre todo en tus manos. Si pudieras recordar la costum-

bre de estar viva, aunque sólo fuera en una de tus manos, tan habituadas a abrirse, a dar... ¿Cómo ahora pueden estar quietas? A la derecha le han cortado el tercer dedo, el del corazón (...)

Miro las plantas de tus pies desnudos cubiertas por una lámina de brea. ¿Qué significado tiene esa capa de mineral en las plantas de tus pies? ¿En que suelo de brea has estado parada, sostenida por tu propia muerte? Es el único interrogante que me hago. No quiero pensar sino en lo que fuiste para todos, cuando naciste para tu pueblo, cuando naciste para nosotros, los que compartimos sangre e infancia, juventud, ilusiones, penas y alegrías. Y se me agolpan los hechos que componen tu historia de chica.

(...) ¿Te acuerdas con qué gozosa impaciencia esperábamos la noche de San Juan? Llegaba un momento, todos los años lo mismo, en que ya no podías esperar, y entonces anticipabas la fiesta, es decir, empezabas con sus preparativos tres días antes y nos arrastrabas a todas a la tarea de juntar ramas secas y biznagas; en realidad, la celebración ya empezaba con eso. Y llegada la noche del 24 de junio, entusiasmados por las altas llamas, el chisporroteo y los lagrimones que lanzaba la madera todavía verde, viendo

cómo los leños cambaban de posición, bailábamos y gritábamos alrededor de la fogata, convencidos de que éramos los seres más felices del mundo. Guardo esta imagen como una de las más vivas de tu infancia.

Y ahora pienso en la noche de San Juan que pasaste en Madrid en 1947. Ese día en el Palacio Nacional de Montjuich ¿te habías hablado a los obreros españoles que en impresionante concentración te escuchaban y te aclamaban; después les hiciste oír el mensaje que Perón les dirigía a los trabajadores de toda España; y después de visitar la gran Muestra Internacional en la Plaza de las Naciones, recorriste las calles entre el reconocimiento y el afecto popular; por la noche la ciudad parece resplandecer a causa de las cuantiosas y gigantescas fogatas. El espectáculo te atrae y te cuesta desprenderte de él. Estoy segura, Eva, que ante la maraña de leños ardiendo tuviste el recuerdo de nuestras fogatas, las que preparabas y encendías tú misma secundada por todos nosotros. La misma algarabía alrededor; sin duda en tu corazón surgió la imagen de la niña que fuiste y por un momento tuviste su visión, bailando y cantando iluminada por las llamas.

Seguramente debiste lamentar no ha-

ber sido la que juntó las ramas días antes, la que las dispuso y en dió la hoguera. Porque no disfrutaste de nada que no hubiera demandado tu trabajo; sabías, ya desde chica, la felicidad está en el hacer. Nunca sentiste con derecho a complacerte nada que no te hubiera exigido no tu participación sino, sobre todo, esfuerzo.

(...) Una vez llegó a tu despacho mujer a la que tus auxiliares no dejaban acercarse a ti por lo que tenía en la cara, evidentemente lepra. Quería decirte algo y tus colaboradores se enfiaban en que lo hiciera a cierta distancia. Te bastó ver sus llagas y desesperada humildad para concederle lo que te pedía (...)

Y te levantas de tu sillón, diste media vuelta a tu escritorio y besaste a la mujer. ¡Pues sentiste las llagas de su cara sobre tus manos. A ella no la detuvo en ese gesto de agradecimiento; como si tus manos acariciaran su ceración. Un día mamá te dice: "que besas a los leprosos, a tuberculosos y a gente con otros males. De cuidarte, hija. No eres muy fuerte puedes enfermarte". Le contestas: "No te preocupes, mamá, que a no me van a contagiar enfermedad. ¡Si los amo tanto!".

ma. Claro que eso no impidió que nos asustáramos un poquito.

—¿Cómo recibieron la noticia del casamiento de Eva con el entonces coronel Perón?

—Con naturalidad; la mejor definición sería decir que tuvimos, sí, alegría; pero una alegría calma.

—¿Era la primera vez que en su casa entraba la política?

—No, mi padre había sido dirigente conservador, así que la política ya había entrado en nuestro hogar. Claro que, más que nada, nosotros conocíamos la política por referencias de nuestra madre sobre las actividades de nuestro padre, ya que él había fallecido cuando nosotras éramos muy pequeñas.

—Volviendo al libro: en él usted recoge un frondoso anecdotario. ¿Qué hechos le parecen los más importantes?

—En 1951 los obreros de toda América latina le ofrecen a Eva un frasco que contenía la sangre de todos ellos: era un símbolo hermoso de la unidad de la clase trabajadora latinoamericana en torno de la figura de Eva. Eso la emocionó vivamente. Y no le hablo de los obreros argentinos porque, ¡qué no hicieron por Eva sus descamisados! Otro de los episodios vibrantes, al menos para mí, fue el reconocimiento mundial a su figura. En el libro apenas puede aparecer un puñado de testimonios, pero lo cierto es que periódicos de todo el mundo ensalzaron su obra y su figura. Y eso no fue todo. Cada vez es mayor la vigencia de Eva: el año pasado se transmitieron películas sobre ella en Alemania, Italia y Gran Bretaña. Incluso me han hablado de un libro sobre ella que se imprimió recientemente en París.

—Ahora pasemos a su pasado: ¿cómo vivió la hermana de Evita hasta 1945?



HERMANA EVITA"

(...) Mientras más dramática, más incierta se volvía la situación [se refiere al encarcelamiento de Perón, en octubre de 1945], mayor era tu empeño en contribuir a la salvación del líder. Te lo recuerdo con tus mismas palabras: "Durante casi ocho días lo tuvieron a Perón entre sus manos. Yo no estuve en la cárcel con él; pero aquellos ocho días me duelen todavía; y más, mucho más, que si los hubiese podido pasar en su compañía, compartiendo su angustia". Y después de decir que sólo se te abrieron las puertas de los pobres, manifestaste dolorosamente: "La cobardía de los hombres que pudieron hacer algo y no lo hicieron me dolió más que los bárbaros puñetazos que me dieron cuando un grupo de cobardes me denunció gritando: ¡Esa es Evita! Estos golpes, en cambio, me hicieron bien. Por cada golpe me parecía morir y, sin embargo, a cada golpe me sentía nacer. Algo rudo pero al mismo tiempo inefable fue aquel bautismo de dolor que me purificó de toda duda y de toda cobardía".

(...) Y creaste los hogares-escuela (...). Y así como la ternura elabora sus obras, el odio y el desprecio a los pobres también planifica y confecciona los informes previos al aniquilamiento,

como el del 5 de diciembre de 1955, en el que la Revolución Libertadora declara estupefactiva que en los quince hogares-escuelas levantados por la Fundación de Ayuda Social, en los que se alojaban quince mil niños, faltaba austeridad, ya que "Desde el punto de vista material la atención de los menores era múltiple y casi suntuosa. Puede decirse, incluso, que era excesiva, y nada ajustada a las normas de sobriedad republicana que convenía, precisamente, para la formación austera de los niños. Aves y pescado se incluían en los variados menús diarios. Y en cuanto al vestuario, los equipos mudables, renovados cada seis meses, se destruían". Esto está textualmente consignado en el informe.

(...) Pero vuelvo a mi recuerdo aunque todo me lleva a encadenar un hecho otro. Sí; de improvisar y sin que los médicos te autorizaran a ello, abandonaste tu lecho de enferma y fuiste a la Ciudad Infantil y a uno de tus Hogares de Tránsito. Sólo querías ver. Y viste con desolación que no lucía de la misma manera, que un cierto descuido apagaba la suntuosidad que te habías propuesto ofrecer allí expresamente. Y entonces sí lloraste con tristeza pensando que a tu desaparición tu obra dejaría de estar tan cul-

dada, de brindar lo que en ella habías propuesto dar, es decir, un ambiente hermoso y cálido no una simple edificación bien equipada. Esa vez tuviste temor. Te apenó ver que tus obras, no estando tú podrían desmerecerse en su aspecto, en sus bien estudiados detalles.

(...) ¿Te acuerdas, Eva, que en abril de 1950 el director del Observatorio Astronómico de La Plata anunció que el pequeño planeta descubierto por personal del Observatorio la noche del 3 al 4 de agosto de 1948, llevaría el nombre de Evita? "Que brilla para la eternidad"; fueron sus palabras al hacer el anuncio.

(...) Tampoco se te desdibujó la cara y la actitud de ofrenda de aquella viejita de Tucumán. El tren en que viajabas estaba detenido, y tú de pie en el último vagón, hablándole al pueblo. De pronto se te acerca la viejita con un plato en el que había un pollo cocido, tapado con una pequeña servilleta, y te lo ofrece. Le agradececes tirándole un beso, y en el acto se te acerca uno de tus colaboradores y te dice por lo bajo: "Señora, por favor, usted no va a comer eso...".

—¡Cómo! —te indignaste— ¿No tienes vergüenza? Una abuela, una anciana mujer de pueblo me trae con

todo amor este pollo que ¿quién sabe lo que a ella le ha costado, y vos me venís a decir que lo tire? ¡Esta noche comeremos este pollo y es la última vez que venís conmigo en un viaje!—. Y así se hizo.

(...) La noche del 25 de julio, tú última noche en el mundo, lo llamaste a Perón y quisiste estar a solas con él. —Quería verte un poco —le dijiste.

Hablaste sobre los problemas de tu enfermedad, y tus últimas palabras a él fueron éstas:

—Pase lo que pase, lo único que yo te pido es que no los abandones nunca a los **grasitas**.

El 26 Elisa llegó temprano a reemplazar a Blanca; mamá un poco más tarde, y yo a las once. A esa hora mamá salió un instante de tu habitación para dar una pausa a su terrible tensión. La miraste salir y dijiste con pena: "¡Pobre vieja!".

Elisa captó el sentido de tus palabras y te replicó, quizá para disuadirte de tu pensamiento:

—¿Por qué pobre? Si mamá está muy bien...

—No... Si digo pobre vieja es porque no sabe que Eva se le va.

Y cerraste los ojos para no volverlos a abrir.

—Mi infancia fue muy similar a la de Eva, incluso mi madre siempre nos vestía igual. Pero lo que yo narro como recuerdos infantiles sólo tiene trascendencia en la vida de Eva; en mí, pierde importancia.

—Pero ustedes también se exiliaron en 1955...

—Nosotros tuvimos que exiliarnos sólo por ser familiares de Eva. Ni mi madre ni yo hemos tenido empleos o cargos durante el gobierno peronista. Tuvimos que pagar un precio por tener a Eva en la familia, pero lo hicimos sin ningún dolor. Por otra parte, hemos vivido igual que todas las mujeres argentinas. Pero le repito, sólo deseo hablar sobre Eva, mi hermana; lo mío no tiene trascendencia.

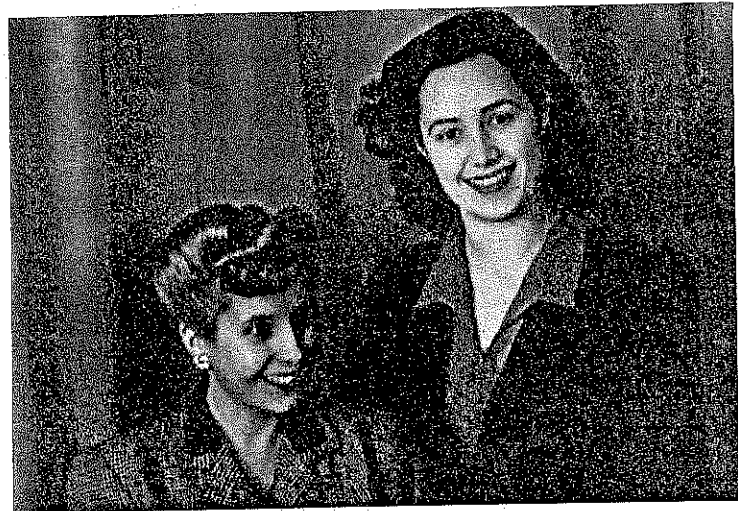
—¿Cree usted que el libro condensa adecuadamente la vida de su hermana?

—No, en absoluto. El libro que publiqué apenas toma un puñado de sucesos en la vida de Eva. Por esa razón estoy trabajando en un *Anecdotario* que recogerá testimonios de muchos de quienes han trabajado cerca de Eva en su obra de gobierno. Tomaremos así recuerdos de ministros, parlamentarios, dirigentes obreros, directores de los hogares-escuela y de todos aquellos que, de una u otra manera, hayan estado y colaborado junto a Eva. Al mismo tiempo, cuando alguien me entrega su testimonio, lo acompaña con una certificación de su puño y letra, para evitar que luego se dude de su veracidad.

—¿Qué finalidad tiene su futuro libro?

—El *Anecdotario*, que esperamos publicar antes de fin de año, pre-

Eva y Erminda junto a dos de sus sobrinos: Juan Perón ya era presidente de la Argentina.



Eva y Erminda a fines de la década del 40.

tende que aquello que forma parte de la historia no se transforme en leyenda. Por ejemplo, Eva besaba a los leprosos: con el correr del tiempo se dirá que eso forma parte del mito, desvirtuándose la verdad. Y como a una persona —en este caso Eva— no se la puede conocer solamente a través de anécdotas, le encargaremos a un equipo de teólogos, sociólogos y psicólogos argentinos y extranjeros que estudien, en base a esas anécdotas, la personalidad de Eva. De ese modo quedará registrada para siempre la verdadera vida de mi hermana.

—Volviendo a su reciente libro, ¿logró vender muchos ejemplares?

—Ya hemos vendido 43 mil en la Capital Federal, y se están imprimiendo 25 mil más. También firmamos un contrato con el distribuidor Roberto Ufano, un argentino radicado en México, por el cual convini-

mos en enviar 160 mil ejemplares a toda América latina; de ese total, la mitad irá a la ciudad de México. Además, tendré que visitar México, Lima, Bogotá, Caracas y Quito, donde daré conferencias sobre la vida de mi hermana. Pero eso es lo menos importante; lo realmente fundamental es el enorme interés que hay por Eva en toda nuestra América.

—Hoy algunas columnas juveniles del peronismo corean la consigna "si Evita viviera, sería montonera". ¿Qué piensa usted sobre eso?

—Perdone, pero no quiero opinar sobre la política actual. Sólo remarcaré que Eva, como dijo un periódico belga, es el símbolo de la felicidad y el ejemplo de lo que el amor puede hacer sobre la tierra. Ella siguió los pasos de Cristo y como Él —salvando las distancias— se sacrificó por la Humanidad. ■